

Matheron y Goya

Gillermo Fatás

No fue el primero, pero sí el más famoso: un librito del francés Laurent Matheron, editado (1858), a los 30 años de la muerte de Goya, dio a conocer en Francia la vida y la personalidad del más revolucionario artista del 1800. Casi todos los tópicos, respondan o no a hechos ciertos, que han circulado por el mundo sobre Goya, su carácter, amores, vicisitudes, etcétera, proceden de este pequeño volumen que puso en manos de miles de europeos un cálido acercamiento a la persona y la obra el pintor de Fuendetodos. Publicado en 1858, fue traducido al español en 1890, en una colección popular que aparecía en Madrid y que se llamó «Biblioteca Universal. Colección de los mejores autores antiguos y modernos, nacionales y extranjeros», como tomo CXXVI y con el nombre de «Goya». Valía dos reales de peseta. En formato de bolsillo y traducido por G. Belmonte, sus 176 páginas han sido reproducidas en facsimil por la Diputación General de Aragón, de forma que ya está al alcance de todos. Debéramos leerlo.

La tarea de Belmonte no se quedó en traducir, sino que añadió un escrito (1835) sobre el artista de Valentín Cardenera, gran conocedor aragonés y coleccionista de su obra, otros más breves de José Caveda y de Pedro Madrazo y, finalmente, dos poemas, uno de Moratín, que es una silva, y un segundo, más largo, de Quintana, dedicados a Goya y que entre nosotros son apenas conocidos. El primero es la amistosa confesión de Moratín de que su gloria futura le vendrá del retrato que le hizo Goya más que de sus méritos propios. Y el de M. Quintana va con una carta en la que le envía de sus obras, escrito que se abre con esta composición de la que lamenta el desaliño, pues la escribió de un tirón, y en la que dice cosas muy suyas y muy hermosas, por cierto, sobre el arte y la fama del aragonés: encuentra dulce ver a los poderosos ante quienes el mundo entero tiembla «deponer su soberbia, ir halagándonos del gran pintor a demandar la vida». Y todavía le es más gratificante «a la Patria escuchar» cómo se dirige al artista agradecida, pues «tú añades un nuevo lauro a mi orgullosa frente: por ti muy más espléndida me elevo». Y formula un vaticinio: «Sí, vendrá un día, vendrá también, ¡oh, Goyal, en que a tu nombre el extranjero extático se incline. Yo te lo juro...» Y sigue, en ilustrado: «Dos siglos de ignorancia aún no apagaron el ardor divino que a Murillo y Velázquez encendía. Con él Naturaleza ornó la frente de Goya y, a su enérgica osadía, otra vez ella sorprender se siente».

Enérgica osadía. Luminoso lema para Goya y lo goyesco.